La Segunda República no es un mito

Es todo un acierto ver en EL PAÍS a E. Malefakis, autor de la obra *Reforma agraria y revolución campesina* que sigue inspirando a los historiadores y de la que se cumplen ahora 40 años. Es oportuna su consideración del neorrevisionismo que gana en España cada vez más adeptos y puede tener frutos tan famosos como varias voces del *Diccionario Biográfico Español* de la RAH en las que se considera a Franco como autoritario y a Negrín como dictador.

Esta versión supuestamente remozada de la historia quiere distinguirse de la corriente que Malefakis denomina "francomoaísmo", pero también de la historia militante con una "nueva" síntesis; mide a la Segunda República con los parámetros de la democracia ideal, cuenta las víctimas de la violencia sin preguntarse a qué obedece la violencia —como hacen Payne y sus adeptos— y entona el *Todos fuimos culpables* porque hay que desmitificar la República... La victoria del PP del 22-M augura a esta corriente una larga vida.— **Ricardo Robledo.** Salamanca.

Puntualización a Javier Solana

Sorprende que Javier Solana, en su artículo sobre Turquía, publicado en EL PAÍS el 14 de junio, olvide por completo que gran parte de los "capítulos" sobre la adhesión del país a la Unión Europea están congelados por la negativa de Recep Tayyip Erdogan, recientemente elegido por un tercer mandato como primer ministro, a cumplir con el Protocolo de Ankara firmado en el año 2005 y abrir sus puertos y aeropuertos al transporte de Chipre, miembro de la UE desde 2004.

Es cierto que la UE pudiera haber hecho algo para recuperar el proceso de negociaciones, permitiendo el comercio directo con los turco-griegos en la parte norte de Chipre, dividido desde la invasión de Turquía en 1974, pero ahora, más que nunca, toca a Ankara dar el primer paso.

Sería una muestra de buena voluntad con poco coste para Recep Tayyip Erdogan.— **William Chislett.** Madrid.

La derrota de Berlusconi

El pueblo está dando la espalda a Silvio Berlusconi a golpe de referéndum. En esta ocasión, el primer ministro italiano ha cosechado una cuádruple negación, ha recibido un rechazo masivo con relación a sus propuestas sobre la energía nuclear, la privatización del agua y el encarecimiento de las tarifas, así como sobre la llamada ley del legítimo impedimento.

Parece que la abierta oposición del actual jefe del Gobierno italiano y su temor por ver refutado su proyecto político tenían cierta justificación a la luz de la voz popular, que ha pronunciado su veredicto y que aboga claramente por el cambio y porque su presidente no consiga burlar, tal y como pretende, todos aquellos procesos penales que mantiene abiertos, y que van desde los casos de corrupción económica hasta los presuntos delitos de abusos de menores.

Si como apunta, el vuelco electoral se confirma, Silvio Berlusconi no va a perder simplemente el poder, si no que además tendrá que hacer frente a todos esos cargos que ha ido acumulando durante una etapa considerablemente sombría de la democracia italiana que los ciudadanos ya han manifestado estar dispuestos a olvidar.

El berlusconismo comienza a tener sus días contados, y una nueva Italia asoma ahora con fuerza y renovadas esperanzas.— **David Pérez Tallón.** Madrid.

Las fronteras de Armenia

En la información titulada *Turquía cambia su política exterior forzada por las revueltas árabes* del 13 de junio, se realizan una serie de comentarios e interpretaciones sobre la actual política exterior de Turquía que son materia altamente opinable. Pero hay una en particular que necesita rectificación para acercarnos a la "realidad" y no a las "sensaciones" que hábilmente genera Turquía con su política exterior.

El autor de la nota dice (...) "Solo la frontera con Armenia se mantiene aún cerrada a causa de la acusación de genocidio que Ereván lanza por las matanzas y deportaciones masivas de cristianos armenios en la etapa final del Imperio Otomano".

Es rigurosamente cierto que la frontera entre Armenia y Turquía está cerrada desde 1993, pero la razón no es la esgrimida; la frontera fue cerrada unilateralmente por Turquía, en el transcurso de la guerra del Alto Karabaj y en solidaridad con Azerbaiyán, a quien asistía militar y políticamente. El derecho internacional considera el cierre unilateral de fronteras un acto de agresión que Turquía sostiene a pesar de las distintas resoluciones y exhortaciones de la Unión Europea.

Desde la independencia de la República de Armenia en 1991, Turquía insiste en que, para el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países, Armenia debe aceptar tres precondiciones, las cuales intentó en vano introducir en los fallidos Protocolos de Zúrich (octubre de 2009). La primera es que Armenia cese en la búsqueda del reconocimiento internacional del genocidio armenio (1915-23); la segunda es que Armenia reconozca la actual frontera entre ambos países (esa demarcación de límites se hizo en 1921, cuando Armenia había perdido su independencia, en los Tratados de Moscú y Kars en 1921) y la tercera es que Armenia deberá aceptar que la actual República del Alto Karabaj forma parte de la integralidad territorial de Azerbaiyán. Armenia ha rechazado de plano estos condicionamientos.

Turquía solo logrará ser un país confiable y aceptado por toda la comunidad internacional cuando asuma los graves errores de su pasado y genere la confianza suficiente entre sus vecinos y las minorías que habitan su territorio. Hoy no lo es.— **Mario Nalpatian.** Consejo Nacional Armenio Mundial. Caba, Argentina.

Participe en el 35º aniversario de EL PAÍS

EL PAÍS celebra su 35º aniversario con un número especial e invita a sus lectores a participar con sus reflexiones y opiniones sobre el panorama nacional e internacional. Puede enviar sus cartas a Cartas35Aniversario@elpais.es o a Miguel Yuste, 40, 28037, Madrid, indicando Especial 35 Aniversario en el sobre. Debe incluir su nombre y apellidos, ciudad, teléfono y número de DNI o pasaporte y no superar las 200 palabras. La fecha límite es el jueves 16 de junio. Las normas para la publicación son las mismas que rigen habitualmente para las Cartas al Director.

La pitada al alcalde Ruiz-Gallardón

El alcalde Gallardón ha dicho que no es justo que le hicieran una pitada y cacerolada cuando paseaba con su mujer y sus hijos. Quizá no recuerde a los muchos miles de ciudadanos cuyas mujeres e hijos han tenido que padecer, no en un rato de paseo, sino incluso encerrados en sus casas y durante todo el día, por meses e incluso años, ruidos insoportables y contaminación ambiental, debidos a obras tan inútiles como muchas de las que Gallardón ha hecho, por fama y dinero.

Ahora se acuerda de la justicia quien no ha tenido la más mínima equidad con tantos madrileños, perjudicando gravemente su descanso y su salud. Eso es ver la paja en ojo ajeno, y no la enorme viga en el propio.— **María Faes Risco.** Madrid.

Quiero hacer pública mi adhesión a Alberto Ruiz-Gallardón. No le he votado nunca y desde aquí le he mandado algunas críticas, así como a la página del Ayuntamiento, pero no merece que se le increpe, ni insulte de la forma en la que anoche lo hicieron algunos ciudadanos que confunden la libertad de expresión con el insulto fácil apoyado en el anonimato.

Toda mi admiración desde estas líneas a nuestro alcalde que supo mantener la calma ante la provocación y emplazó a los provocadores a que le presenten sus quejas en el Ayuntamiento.

La marcha del Orgullo Gay merece mi respeto, pero antes merecen mi respeto los vecinos de Chueca, entre ellos una Residencia de Ancianos, que tienen que soportar ruidos por encima de lo soportable. Es hora de que aprendamos que, en la verdadera democracia, mis derechos terminan en donde empiezan los de otros y el sueño es un derecho tan legítimo como el comer.— **M. Carmen Velasco.** Madrid.

Los textos destinados a esta sección no deben tener más de 200 palabras (1.400 caracteres sin espacios). Es imprescindible que conste el nombre y apellidos, ciudad, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. CartasDirector@elpais.es

Las razones de los toldos

VIENE DE LA **PÁGINA ANTERIOR**

visible. Pero prefirió no actuar.

El resultado de su inhibición forma parte de la estrategia retadora del personaje: ha dejado actuar a los jóvenes movilizados para justificar ante las cámaras y en horarios de máxima audiencia que la única manera de actuar contra los descontentos, indignados o rebeldes sociales puros es la violencia. Y Artur Mas salió enseguida, en discurso solemne, hablando de violencia callejera y del traspaso inadmisible de las líneas rojas. Lo ha dicho como si no supiese que hay un polvorín social de gente muy cabreada y al borde de la incomprensión, de no saber qué hacer y de tener miedo físico al futuro.

Para demasiados políticos es como si la euforia de sus victorias electorales les hiciese creer que más o menos todo sigue igual y estos enredos no van a desinflar el globo de sus pequeñas victorias, o como si nada demasiado grave estuviese pasando y el movimiento del 15-M fuese una expresión nostálgica del 68 (¡ay, el 68...!) o un residuo menor de la agitación de épocas periclitadas.

Yo creo que se algunos políticos se han olvidado completamente de lo que significa la violencia callejera como reacción explosiva contra el desánimo, el miedo o la sensación de no pintar nada. Cuando los políticos reclaman cordura a los movilizados parecen olvidar que están ahí precisamente para expresar la falta de cordura de obviar sus protestas, de no entender que expresan un malestar de fondo y forma que tiene que ver con la indiferencia de fondo y la tolerancia de forma con que han sido escuchadas y digeridas sus protestas.

Algunos, en nuestras Cámaras de representación política, parecen estar fuera del planeta Tierra; y quizá son demasiados quienes necesitan llamadas tan crudas de atención como la de ayer para comprender que la irritabilidad social, la abstención electoral y el voto en blanco son ingredientes activos del deterioro de la confianza en el sistema y del empobrecimiento contable, material, de las condiciones de vida de muchos ciudadanos (por cierto, entre ellos, muchos, muchos con carrera y estudios universitarios, y no precisamente agitadores profesionales, aunque a este paso vayan a acabar siéndolo).

> Algunos políticos no entienden que hay un polvorín de gente muy cabreada

Artur Mas ha enfatizado la legitimidad de la violencia policial en democracia para preservar la función del Parlamento. Tiene razón: lo que no se comprende es que deba poner énfasis en una obviedad semejante y tampoco se comprende bien si sabe o no sabe que esa declaración es la mejor forma de alimentar una espiral descontrolada de violencia. Las amenazas de su chulo de guardia en Interior y las suyas propias apelando a la legitimidad de la violencia engendrarán indefectiblemente un efecto de violencia mayor en los movilizados.

Tener el monopolio de la violencia obliga a ejercerla con cálculo y previsión, sobre todo cuando se está ya informado de la acción coactiva prevista nada menos que contra parlamentarios. Si no fuese una irresponsabilidad por mi parte, diría que tanta pasiva imprevisión es una estudiadísima desactivación de las razones de los movilizados por la vía de las imágenes televisivas, el humo, las carreras y el acoso (intolerable e inaceptable) a los parlamentarios. O la imagen del caos, como dijo Mas, obviando por completo lo que significan de verdad el caos y la violencia callejera.

Quizá muchos de ellos no han acabado de entender las razones de fondo y forma de una movilización con mayoritario ánimo de regeneración democrática y que precisamente por eso acude a las puertas del Parlamento. De golpe va a resultar que el modo de desactivar al M-15 va a ser convirtiéndolo en agitación revolucionaria de vieja estirpe sin respetar ni entender lo que de veras significa: el rechazo a la debilidad política frente al poder del dinero, la incapacidad para mitigar el alcance social de los recortes y la insensibilidad ante el debilitamiento del Estado social cuando más falta hace. Las porras policiales sueñan con derribar no los toldos, sino las razones de los toldos.

Jordi Gracia es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona.